

En el paralelo que este académico, tan perniciosamente celebrado, hizo de los antiguos y modernos, decide acerca de estas cartas, que en ellas todo es pureza en el lenguaje, nobleza en los pensamientos, solidéz en los discursos, delicadeza en la sátira, y que allí está todo el arte del diálogo. Es necesario conformarnos con un modo de pensar que fue el del público, no menos que el del ignorante apreciador de los antiguos. En una obra que brilla con cotas las bellezas que la corresponden, con gracias, con sales y con delicadeza; que escita la admiracion y obliga á dar aplausos; que hace reir á los mismos que son el blanco de sus tiros; en que está pintado todo con una energía y facilidad que hasta entonces no se habian visto reunidas: reprender en esta obra maestra algunas incorrecciones gramaticales; algunas construcciones viciosas ó poco regulares, y buscar en ella la estudiada exactitud de un padre Bouhours, es lo mismo que juzgar de una cara hermosa por la punta de los cabellos, ó de un aire de cuerpo magestuoso por las uñas. En una palabra, el que no gusta del estilo de Pascal, dá pruebas de que tiene malísimo gusto.

Pero apenas se encontrará una secta que no pueda vanagloriarse de esta especie de mérito. El mismo Calvino, tan tétrico y furioso en sus producciones, se formó un estilo que ningun francés de su tiempo pudo igualar. En Alemania, sin que hablemos del bello ingenio de Melanchton, Lutero, balbuciente por naturaleza y en medio de aquella nacion todavía

tan inculta, supo encontrar el arte de amenizar su estilo y rudo idioma. Pascal ha dejado sin duda muy atrás á uno y á otro; pero esto nace de la diferencia de los tiempos y lugares á los que han procurado siempre proporcionar sus tramas los seductores. El hábil autor de las provinciales sigue fielmente las impresiones del genio y las reglas del arte: ¿mas hace lo mismo con respecto á la sustancia de las cosas y á las leyes de la verdad? Parecido en esta parte á los poetas cómicos, que exageran los caracteres para producir mejor efecto, ó á los pintores del género grotesco que no conservan mas que las principales facciones de los personajes, supliendo todo lo restante con su imaginacion; así Pascal hace hablar á su modo á los teólogos á quienes quiere difamar, poniendo muchas veces en boca de ellos lo contrario de lo que dijeron: pretende adivinar sus intenciones, y fundado en presunciones muy leves, les atribuye ciertas ideas á que se opone el sentido natural de los pasages en que finge descubrirlas; y sentadas luego como principios, argumenta á su placer, establece máximas, deduce consecuencias y anima todo el discurso con sublimes invectivas. Esto es lo que le atrajo tantas alabanzas del académico que hacia mas aprecio de los diálogos de Arlequin, que de los de Platon. Sin embargo, es preciso confesar que en las provinciales se encuentra toda la formalidad de un sólido racionio; solo les falta una cosa, á saber, la verdad; ¿mas sin ésta qué solidéz puede haber en ningun discurso?

El autor altera en ellas, desnaturaliza y violenta

á cada paso los testos de sus adversarios; los inutiliza, y les quita ó añade segun mas conviene á sus intentos: los presenta aislados, y cuando están acompañados de algunas correcciones ó notas esenciales, las suprime todas, ó al menos las que son absolutamente necesarias para penetrar el verdadero sentir de los escritores. No es ciertamente éste el lugar de ofrecer con una perfecta induccion las pruebas que justifican la verdad de todas estas inculpaciones; seria para ello necesario escribir un volúmen mucho mas estenso que el de las mismas provinciales. Sin embargo, no podemos menos de presentar algunos ejemplos tomados indistintamente de dichas cartas, y suficientes para que se pueda juzgar de los demás. Del capítulo cuarto del tratado de la limosna, escrito por el jesuita Vasquez, infiere generalmente el autor de las provinciales en su sexta carta que, segun los casuistas de la sociedad, las personas mas ricas, sin exceptuar á los mismos reyes, están esentas de la obligacion de hacer limosna, lo mismo que los que nada tienen de sobrante; y sin embargo, en el citado capítulo dice Vasquez espresamente, que los legos, los eclesiásticos y sobre todo los beneficiados, están obligados á socorrer á los indigentes, *á lo menos del sobrante de su manutencion, y aun algunas veces de lo necesario.* En una palabra, Vasquez, léjos de ser indulgente ó lazo en materia de limosna, parece al contrario escesivamente riguroso sobre algunos puntos. Es verdad que se leen en su libro las siguientes palabras que copia Pascal:

„dificilmente se encontrará entre las gentes del mundo quien tenga sobrantes, y por consiguiente será muy raro el que esté obligado á hacer limosna si ésta no debe hacerse mas que del sobrante.” Pero Pascal tiene gran cuidado de suprimir ó callar las palabras con que Vasquez condena el apego de los ricos, que no creyendo tener nada de supérfluo, y persuadidos de que no deben socorrer á los pobres de lo que les es á ellos mismos necesario, se exceptúan á dispensar de la obligacion de la limosna. Aun por esto añade Vasquez en el mismo capítulo, que en las necesidades extraordinarias están obligados los ricos á aliviar la miseria de los indigentes, no solo con lo supérfluo de su estado, sino tambien con lo necesario.

Vengamos á otra impostura aun peor que la precedente, y á una verdadera maldad, si se ha de llamar con su propio nombre. El jesuita Valencia enseña lo mismo que Vasquez, y siguiendo en esto la doctrina de Santo Tomás, que segun la práctica autorizada por la Iglesia, puede darse, sin simonía, un bien temporal para adquirir otro espiritual, y un bien espiritual para adquirir otro temporal, con la condicion de que el bien temporal no sea como el precio ó la paga del bien espiritual, sino como una muestra de agradecimiento, ó como un favor en agradecimiento del cual ofrezca y dé el favorecido algun bien espiritual. Así es como se da una moneda al sacerdote para que celebre una misa; la limosna á los pobres para que rueguen por nosotros, y las retribuciones y toda clase de estipendios á los predicadores

y demás ministros del altar. Mas siendo esto conforme á la práctica general y á los principios de todos los doctores y moralistas, necesitaba Pascal hacer decir algo mas al padre Valencia. Supone, pues, en la sesta de sus provinciales, que aquel jesuita quiso justificar los pactos simoníacos; y cita como suyas las siguientes palabras latinas, de las que ni una sola sílaba se encuentra en el autor: *non tanquàm pretium beneficij, sed tanquàm motivum ad resignandum*. Dicho esto se abandona Pascal á la sátira é invectiva contra el jesuita, acusándole del mas odioso error en la moral. Basta solo tener ojos para conocer la maldad, y hubo efectivamente algunos abiertos que se la echaron en cara al autor de las provinciales; por lo que en la siguiente edicion de ellas suprimió el falsario su negra impostura: pero estaba ya dado el golpe, y son muy pocos los que retractan su primera opinion.

De un modo semejante acusa Pascal en su carta quinta al padre Bauni de haber enseñado que no debe negarse la absolucion á los penitentes que están en ocasion próxima de pecar y no pueden salir de ella sin alguna incomodidad; y que se pueden buscar directamente estas ocasiones cuando se encuentra en ellas alguna ventaja temporal ó espiritual, ó bien para el que la busca ó para el prógimo. Bauni, á quien no pretendemos justificar en todas sus opiniones, faltó en algunos otros puntos, y sus delatores se aprovecharon de ello para calumniarle mas y mas. En el lugar que cita Pascal declara el jesuita en términos

espresos que la ocasion de que habla no debe entenderse que sea *ocasion próxima y mala por sí misma*. Omitimos otras muchas imposturas para no fastidiar á nuestros lectores. Todo hombre sensato é imparcial conoce que es de todo punto indigno de que se le crea el escritor que tiene la osadía de levantar una sola calumnia.

Pascal se creyó inocente en sus falsas imputaciones por haberse valido de los extractos que se le entregaban sin examinar si eran conformes ó contrarios á la verdad; y con esta incertidumbre habla como si no tuviera ninguna duda. Deduce de su temeraria suposicion las consecuencias mas violentas é injustas; acusa á cada paso á los casuistas, citados á su modo de haber corrompido las mas santas máximas del Evangelio, y de haber introducido la relajacion en la Iglesia y un absoluto desenfreno en las costumbres. Aunque fuesen exactas las citas, seria necesario para inferir semejantes consecuencias demostrar que los autores citados, no solo adoptaron el error, sino tambien que lo inventaron: que no les sedujo la autoridad de los doctores que les precedieron, sino que fueron ellos los autores de la seduccion de los demás; en una palabra, que fueron ellos los únicos ó á lo menos los primeros culpados. Sin esto es absolutamente falso todo el fundamento de las provinciales. Pocos son los que pueden examinarlas despacio; entrar en la discusion de una infinidad de pasages, y penetrar á fondo cuestiones que necesitan tanta sagacidad como tiempo y detencion; pero todos conocen

que es injusto imputar á escritores modernos las opiniones que han encontrado establecidas y comunemente enseñadas por sus antepasados. Se les puede acusar de haberse desviado, aunque sea siguiendo caminos ya trillados, mas no de haber ellos abierto la senda del error y empeñado á otros á seguirla.

25. Sin perder el tiempo en pequeneces, corramos en derechura al punto capital, ó á la fuente envenenada de que pretende el autor de las provinciales que nacen todas las relajaciones y desórdenes que afligen á la Iglesia. ¿Es acaso la compañía de Jesus, tan contraria y tan aborrecida de todas las sectas, la que ha dado á luz el mónstruo de probabilismo del que se cree haber nacido todos los demás? Antes que existiese la compañía, y de consiguiente antes que hubiese escrito ningun jesuita ni hablado de probabilismo, lo defendieron Medina, Salon y una multitud de doctores de todos los paises, de todas las universidades, de todas clases, sacerdotes, seglares, regulares y aun obispos. Antes, despues y al mismo tiempo que escribian Escobar, Sanchez, Vasquez, Manuel Sá, Toledo y Suares, nombres infames en la escuela jansenística, y la mayor parte de ellos alabados por las escuelas católicas, escribieron ó escribian en el mismo sentido Juan Nider, Silvestre Prieras, Juan Bautista Haquet, Mercado, Luis Lopez y el mismo Álvarez, tan alabado de los discípulos de Jansenio; los obispos Maldeza y Boracina, y Sambert, Duval y Gamaches, profesores de la Sorbona, Bail, célebre doctor de la misma facultad, Du-Metz,

casuista de oficio en el seminario de los miolaitas; todos estos teólogos de escuelas y estados diferentes, fueron otros tantos probabilistas. No se crea por esto que pretendemos autorizar el probabilismo, cuyo peligro conocemos y tememos justamente; pero en vista de tantas autoridades ¿no se podria inferir, ó que se habia defendido en otro tiempo sin burlarse de la conciencia y de la religion, ó que esta acusacion debia recaer indistintamente sobre todos los que la defendieron, ó á lo menos que no se debía apropiarse á los que no lo inventaron? Por lo demás, la Iglesia no ha juzgado conveniente hasta ahora decidir sobre el fondo de esta doctrina. Ha decidido contra los rígoristas, sectarios y rebeldes proscribiendo su excesivo rigor; pero nunca ha pronunciado juicio contra aquellos que, escepto en materia de los sacramentos y de la fe, siguieron la menos probable entre dos opiniones verdaderamente probables. La Iglesia ha condenado á los que dicen que puede seguirse una opinion probable por débil que sea su probabilidad, sea extrínseca, sea intrínseca; ¿y puede no aplaudirse esta justa severidad que ofende á primera vista? Mas la Iglesia no ha definido contra aquellos que buscan en sus opiniones probables fundamentos sólidos, y que nada tengan de contrario á la Escritura, ni á la tradicion, ni á la evidencia natural, ni á las leyes positivas, ni al comun sentir de los doctores.

26. A pesar de todas estas condiciones que requerian los casuistas difamados en las provinciales, tuvo este libelo por razon de su estilo encantador una

pródigiosa aceptación en París, en las principales ciudades de nuestras provincias, y muy pronto también en todas las partes de Europa por medio de la elegante traducción latina hecha por Wendrok (Nicole), y de sus notas aun más infames que el mismo texto. El traductor, no solamente se vengó de la sociedad, cuyos doctores presentó en muchas partes como otros tantos corruptores de la moral y como rigurosos pelagianos, sino que también (y esto le era entonces más importante) produjo una feliz diversión en favor de los devotos de Port-Royal, perseguidos como hereges: la quimera del pelagianismo imputada á sus contrarios, hizo también pasar por un fantasma el jansenismo que se dejaba ver á cara descubierta en todos sus escritos. Mas no fue general el aturdimiento, ó fue de corta duración. El parlamento de Provenza fue de los primeros que se opusieron á la seducción, haciendo quemar las provinciales como *llenas de calumnias, de falsedades, de suposiciones y de infamaciones.*

27. Después de esto fueron censuradas por muchos obispos, y á 6 de Setiembre de 1657, cuando contaban dos años de su publicación, las condenó el Sumo Pontífice. Pasados tres años mandó el Rey que se examinasen á fondo con las notas de Wendrok y las disquisiciones de Pablo Ireneo (otro nombre guerrero de Nicole); y habiéndose hecho relación de todo, dió el consejo real un decreto que mandaba rasgarlas y quemarlas por mano del verdugo. Port-Royal colocó inmediatamente á los obispos y jueces

del consejo entre los pelagianos de su creación.

28. Mientras que la sociedad de Port-Royal era tratada con tanto rigor por las dos potestades, dos sociedades muy diferentes, suscitadas por el ángel tutelar de la Francia en medio del peligro á que estaba espuesta la religión, sostenían eficazmente en aquel reino la antigua fe, no solo con sus lecciones sólidas y piadosos escritos, sino con el ejemplo del fervor que suele animar á los institutos recientes. Si en estas dos asociaciones, llamadas de San Sulpicio y de San Nicolás de Chardonet, no se hizo ostentación, como en Port-Royal, de todos los talentos del lycéo y de todas las penitencias de la Tebaida, reinó la sencillez de la fe, la piedad desnuda de todo aparato, la modestia y el agrado, la concordia, la cordialidad fraternal, un temperamento admirable de circunspección y de amenidad en el trato del prójimo, la conservación de la doctrina recibida, de la disciplina establecida, de las augustas ceremonias de la Iglesia, en una palabra, todo lo que era capaz de edificar á los fieles sinceros, y de renovar ó mantener en el clero el verdadero espíritu del sacerdocio.

Adriano Bourdoise, fundador del seminario de San Nicolás, hijo de padres pobres, pero virtuosos, y natural del país de Perche, había comprendido ya toda la excelencia de la dignidad sacerdotal, y adquirido las ideas que podían formar un perfecto eclesiástico, cuando á los veinte años de edad dió principio á sus estudios. Recibió las órdenes sagradas en virtud de un precepto espreso de sus superiores, y justificó

constantemente esta vocacion con sus obras. Desde su ordenacion hasta su muerte reunió los egercicios de la mas tierna piedad con las funciones mas laboriosas del sacerdocio, y con el celo puro de un apóstol. Su caridad fue grande, y le obligó á tomar parte con San Vicente de Paul en todas las empresas que se formaron en su tiempo para la instruccion de los pueblos y la perfeccion del estado clerical. Con las santas nociones que habia adquirido en el concilio de Trento, formó el primer plan de los seminarios, que, á imitacion del que estableció en San Nicolás de Chardonet, se fundaron por todo el reino, y contribuyó tambien al establecimiento del de San Sulpicio. Misiones, conferencias, catecismos, nada de esto era capáz de agotar la inmensidad de su celo, y duró su actividad tanto como su vida, la cual acabó santamente en 1655, á los setenta y un años.

El seminario de San Sulpicio tuvo por fundador y maestro á Juan Jacobo Olier, hijo de un relator. Estudió en París, de donde era natural: tomó el grado de bachiller en teología, y mostrando desde entonces una piedad poco comun, con un respeto muy particular á la santa Sede, emprendió el viage de Roma y el de nuestra Señora de Loreto. Restituido á su pátria, trabó una amistad íntima con San Vicente de Paul, que era el apoyo de todas las sociedades virtuosas, y el móvil universal de los proyectos ventajosos á la religion. Despues de recibir el órden del sacerdocio, se entregó á los trabajos de las misiones, y egercitó particularmente su celo en la Auvernia, donde poseia

la abadía de Pibrac. Intentó restablecer la regularidad en esta casa; pero las malas disposiciones de los que temian la reforma le obligaron á volver á París al cabo de seis meses. Para que sus taréas fuesen colmadas con nuevas bendiciones, abrazó un método de vida enteramente apostólica; dejó el coche y todo lo que podia tener alguna apariencia de fausto secular, y luego volvió á empezar las misiones en la misma provincia de Auvernia, continuándolas por espacio de diez y ocho meses consecutivos con un éxito prodigioso. Poco despues pasó á Bretaña para reformar un convento de monjas, y el éxito que tuvo en esta comision delicada causó no poca admiracion. El cardenal de Richelieu hizo que se le nombrase auxiliar del obispo de Chalons del Marne, y le envió inmediatamente el título; pero el general misionero que aspiraba á otras recompensas muy distintas, rehusó invenciblemente esta dignidad.

Lleno de aquel espíritu principal del sacerdocio, que de una ojeada descubre el bien de la Iglesia, y animado de su íntima amistad con San Vicente de Paul, y con el piadoso general del oratorio, el padre Condren, se asoció muchos eclesiásticos de eminente virtud, y emprendió establecer en compañía de ellos un seminario que pudiese servir de modelo y de leccion permanente á los que fundase despues. Hizose el establecimiento en la aldea de Vaugirard; pero habiendo sido nombrado poco despues el fundador para el curato de San Sulpicio, que aceptó con el mismo espíritu que le habia movido á renunciar